

## La Santidad Salesiana

---

Muy queridos hermanos:

En 2009 vivimos el año jubilar en el 150º aniversario de la fundación de nuestra Sociedad Salesiana. Son numerosas las iniciativas que se están llevando a cabo en las distintas Inspectorías, y se está difundiendo por todas partes un notable interés histórico hacia los orígenes de nuestra familia carismática.

Todo esto hará crecer en nosotros una mayor toma de conciencia de nuestra vocación consagrada como salesianos y favorecerá una maduración carismática, que traerá como consecuencia una profunda renovación de nuestra vida y de nuestra misión. Con humilde gratitud sentimos el deber de dar gracias al Señor por el gran regalo que hemos recibido.

En medio de todos los acontecimientos que estamos viviendo en este “Año Santo” de la Congregación está el atractivo que suscita la figura de Don Bosco quien, todavía hoy, mantiene vivo nuestro entusiasmo, dispone el corazón para una entrega cada vez más radical, refuerza la pasión por la misión juvenil. En estos días, el recuerdo de su canonización, en la Pascua de Resurrección de hace ahora 75 años, el día 1 de abril de 1934, por el Papa Pío XI, nos debe ayudar a comprender el significado de que precisamente la santidad es lo que nos conquista. Nuestra admiración por Don Bosco crece con motivo de ser declarado santo y, al mismo tiempo, nos anima a invocar y a imitar a nuestro santo Fundador.

1. En la primera carta que escribí al comienzo del sexenio pasado, con las mismas palabras del Siervo de Dios, Juan Pablo II, os decía: “¡Queridos salesianos, sed santos!” Con ello os proponía hacer de la santidad un programa de vida espiritual y de acción pastoral. Al comienzo de este nuevo sexenio, el año de gracia que estamos viviendo nos propone también el compromiso de la santidad como el camino principal para “*hacer la bella copia de la Congregación*”, como proféticamente había dicho el mismo Don Bosco.

La santidad es *la belleza* de nuestra vida, de nuestras comunidades, de nuestra Congregación. La santidad que se manifiesta en el seguimiento radical del Señor Jesús obediente, pobre y casto, es el atractivo de la vida consagrada. La santidad, vivida en la entrega toda de sí mismos a Dios, por los jóvenes pobres, es la fuerza que proviene de un testimonio auténtico, capaz de suscitar y provocar vocaciones. He aquí por qué la santidad, junto a su arte y su liturgia, constituye la belleza de la Iglesia. Con razón, por tanto, se puede afirmar: “¡Sólo la belleza salvará el mundo!”

2. La santidad de Don Bosco es la garantía de que su propuesta de vida, su escuela de espiritualidad, su modelo de acción apostólica constituyen *un auténtico camino evangélico que conduce a la plenitud del amor*. Siguiendo el camino comenzado por Don Bosco en el seguimiento de Cristo, tenemos la certeza de realizar una vida plenamente evangélica, totalmente entregada sin condiciones, sin reservas, sin guardarse nada para sí. En la escuela de Don Bosco aprendemos también nosotros a ser santos.

3. Las múltiples y variadas formas de santidad que han florecido en 150 años en la Congregación, entre jóvenes alumnos, en la familia salesiana, son un signo de la santidad de nuestro Fundador. “*La santidad de los hijos es prueba de la santidad del padre*”, escribía el Beato Miguel Rúa a los directores salesianos, enviándoles el testamento espiritual de Don Bosco, pocos días después de su muerte. La primera

generación salesiana no tenía ninguna duda sobre la santidad de nuestro “padre y maestro”, aunque no estaba aún solemnemente proclamada por la Iglesia.

Entre tanto, la santidad que, al comienzo, vivía la Congregación en el servicio a los jóvenes, aplicando el extraordinario método sencillo y por otra parte eficaz de Don Bosco, hubiera sido el argumento más válido a favor de la santidad del Fundador. Así, la santidad de los hijos y de las hijas fue creciendo en el tiempo: Después del padre, un gran número de discípulos hizo propia aquella forma simpática de santidad “doméstica”, que es la santidad “del trabajo y del patio”.

4. Son muchos santos y santas salesianos que han asumido la *inspiración de Don Bosco*. A nosotros se nos propone el mismo: si queremos ser santo, debemos mirarle a él. Somos herederos de un santo. La santidad es la herencia más grande que Él nos ha dejado. Don Bosco nos ha entregado una santidad original, hecha de sencillez y de simpatía. Una santidad que nos hace amables, buenos, sencillos, cercanos. Es esta la santidad a la que somos llamados, capaces de atraer a los jóvenes. Este ha sido el don de Don Bosco a los jóvenes y este es el mejor regalo que nosotros podemos ofrecer a los jóvenes de hoy. Recordémoslo, queridos hermanos: ¡Los jóvenes pobres tienen derecho a nuestra santidad!

Parafraseando a Don Bosco, podemos decir que es fascinante ser santos, porque la santidad es luminosidad, tensión espiritual, esplendor, luz, gozo interior, equilibrio, transparencia, amor llevado hasta el extremo. Y también la Iglesia, por medio del Vaticano II, nos recuerda que “todos en la Iglesia son llamados a la santidad” (LG 39). Esa es una prioridad en el nuevo milenio: “sería un contrasentido contentarnos con una vida mediocre, vivida al compás de una ética minimalista y de una religiosidad superficial...es hora de proponer a todos con convicción este alto grado de vida ordinaria” (NMI).

La santidad no debe intimidarnos, como si demandase vivir un heroísmo imposible, reservado a unos pocos privilegiados. La santidad no es obra nuestra, es la participación gratuita de la santidad de Dios, por tanto, es una gracia. Es don, antes de ser fruto de nuestro esfuerzo. Toda persona viene inserta en la esfera misteriosa de la pureza, de la bondad, de la gratuidad, de la misericordia, del amor del Señor Jesús. Es una entrega total de nosotros mismos, en la fe, en la esperanza y en el amor a Dios; una entrega que se actualiza día a día, con serenidad, paciencia, gratuidad, aceptando las pruebas y las alegrías cotidianas, con la certeza de que todo tiene sentido para Dios.

La santidad de Don Bosco brilla del esplendor, de la esperanza y del gozo de la Pascua. El júbilo del día de Pascua del 1 de abril de 1934, vivido en la Plaza de San Pedro, en el día de la canonización, pone la santidad de Don Bosco en una luz pascual. En la inminencia de la Pascua de este año de gracia 2009, deseo a todos vivir, con alegría y renovado compromiso, este camino de santidad como novedad de vida.

Cordialmente en el Señor

P. Pascual Chávez – Rector Mayor